

LOS 'HALCONES' NO CEJAN

JOAQUIN BABAGO

A estas alturas, todo el mundo conoce ya, aunque sea sólo por encima, el contenido del difícil acuerdo SALT II, que acaban de firmar Brejnev y Carter. Todo el mundo sabe de la existencia de un techo que limita el número de "vehículos estratégicos" a 2.250 por cada parte y de varios "sub-techos", según las distintas categorías de armas. Y seguramente nadie ignorará que la firma de Viena no significa la entrada en vigor automática de lo pactado, pues queda, en el caso norteamericano, su ratificación por un Senado en gran medida hostil a los acuerdos, y cuyas resistencias trata de vencer con todo tipo de garantías y promesas a la actual Administración. Tarea difícil, debido sobre todo a que muchos senadores están hábilmente aprovechando la ocasión para hacer una especie de precampaña electoral: las presidenciales están, como quien dice, a la vuelta de la esquina, y en ellas una actitud de firmeza frente a la Unión Soviética contará mucho a favor de cualquier candidato presidencial.

Entre los partidarios de un retorno a la línea dura en política exterior está el general de cuatro estrellas Alexander Haig. A punto de abandonar definitivamente su puesto de comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN en Europa —muchos aseguran que para poder presentarse ya como civil a las próximas elecciones—, Haig no pierde últimamente ninguna oportunidad de atacar las vacilaciones de Carter frente al "intervencionismo ilegal" —son sus palabras— de los dirigentes moscovitas en Africa y Asia.

En unas recientes declaraciones a "Newsweek", Haig se lamentaba de que Norteamérica hubiese perdido la superioridad estratégica de que gozara hasta la crisis del Oriente Medio de 1973. Los Estados Unidos no podían re-

huir, según él, la carga de responsabilidad que la Historia había depositado sobre sus hombres, sino que debían recuperar el viejo liderazgo. Naturalmente, aunque sin decirlo de forma expresa, Haig trataba de presentarse a sí mismo como el único hombre capaz de sacar a los Estados Unidos del profundo atolladero en que están embarrancados por culpa de los políticos civiles. Sin embargo, bien mirado, ni siquiera haría falta que el general Haig presentara finalmente su candidatura a la Casa Blanca. Bastaría con que se convirtiera en el Kissinger de turno, bajo un presidente como el republicano Ronald Reagan o el demócrata Jackson, para que las relaciones entre el Este y el Oeste descendiesen peligrosamente de temperatura.

Imaginémonos por un momento a Haig en un despacho, cualquiera, de la Casa Blanca, jugando a un juego como ése al que se refería el semanario "Time" hace dos números en un artículo titula-

do "La opción menos terrible". Juego que consiste en la preparación por el Pentágono de una respuesta nuclear limitada para el caso, nada improbable, según sus inventores, de un ataque soviético por sorpresa del mismo carácter.

¿Cuál podría ser esa hipotética provocación soviética y cuál la respuesta fulminante de los norteamericanos? "Time" cita uno de los casos considerados seriamente por los expertos de la Office of Technology Assessment (Departamento de Valoración Tecnológica) del Congreso. Diez misiles SS-18, armados cada uno con ocho ojivas de un megatón de potencia, atacan las más importantes refinerías en territorio estadounidense, así como las vías de comunicación más próximas. Automáticamente queda destruido el 64 por 100 de la capacidad de esas refinerías, al tiempo que cinco millones de personas pierden la vida en la hecatombe nuclear resultante. La reacción inmediata de Washington consis-

tirá entonces en disparar tres proyectiles balísticos intercontinentales de la clase Minuteman III, portadores, cada uno de ellos, de tres cabezas atómicas de 170 kilotones, así como siete misiles Poseidón, cargados con un total de 64 ojivas de 40 kilotones. Resultado: los soviéticos perderían a su vez el 73 por 100 de su industria de refinado y un millón y medio de conciudadanos. A partir de ese momento, Washington y Moscú podrían sentarse a negociar. ¡Un cuadro ciertamente tranquilizador!

La revista norteamericana habla de otros posibles motivos para el intercambio atómico. Por ejemplo, un bloqueo soviético de las rutas petroleras del golfo Pérsico o la invasión, por tropas del Pacto de Varsovia, de un país de la OTAN. Imaginémonos que el responsable directo de esa clase de decisiones es alguien como Haig, dispuesto a recuperar por todos los medios para Norteamérica el viejo papel de policía del globo. O mejor, tratemos de no imaginárnoslo. Es mucho más saludable.

Del rojo al gris

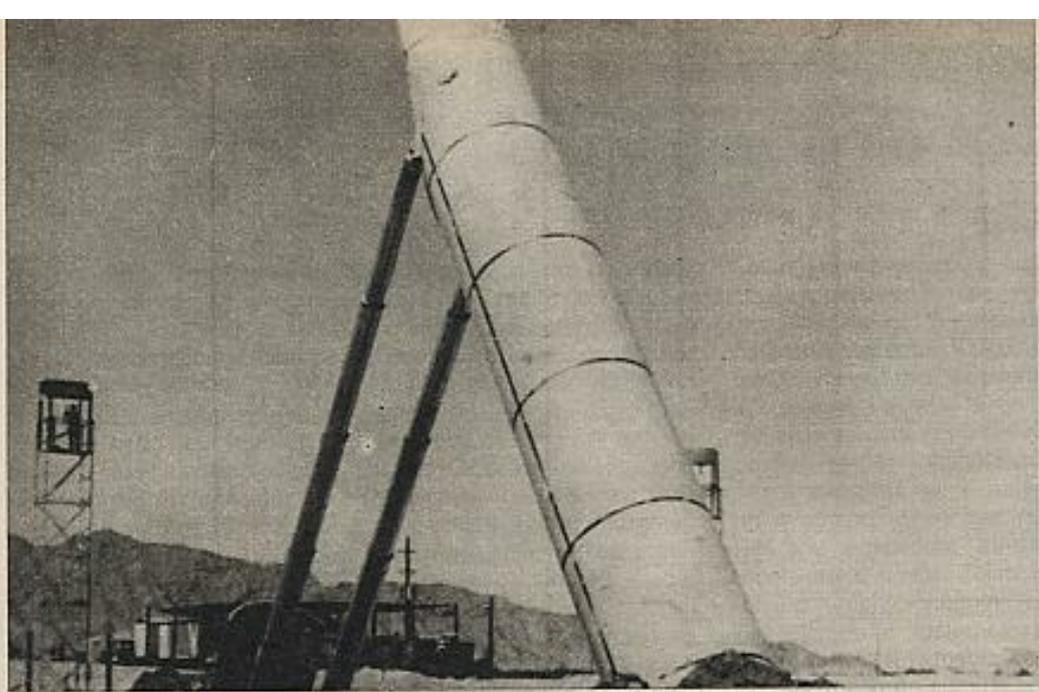
Pese a los muchos obstáculos que habrá de sortear, parece probable —es mucho lo que ha empuñado en ello la actual Administración— que el SALT II consiga pasar finalmente el Rubicón del Senado. Pero no por ello dejará la pesadilla nuclear de rondar nuestros sueños. Con mil y un razonamientos, a cual más irracional, los "halcones" se encargarán de que así sea.

En todo este juego, a los medios de comunicación les corresponde, sin duda, un importante papel. La tensión no debe decaer en ningún momento, y si sólo desplazarse. Porque gracias a ella podrá continuar el negocio de las armas, uno de los más saneados que existen. Tam-

LIMITES FIJADOS POR EL SALT II

NIVELES ACTUALES					
USA	URSS				
550	600(*)	Misiles balísticos intercontinentales (ICBM) con ojiva de cabeza múltiple (MIRV)	820 máximo	1.200 máximo	2.250 máximo
496	100	Misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBM) y con ojiva tipo MIRV			
0	0	Bombarderos con "Cruise misiles" (ACLM: Air Launched Cruise missile)			
Lanzados desde tierra					
504	800	Misiles con una sola cabeza nuclear lanzados desde tierra y desde el mar			
Desde el mar					
180	850				
348	150	Bombarderos sin "Cruise misiles"			
2.658	2.500	Totales			

(*) Otras fuentes dan la cifra de 300.



La construcción del nuevo misil balístico intercontinental MX no se verá afectada por el Salt II. El sistema MX permite engañar al adversario gracias al continuo desplazamiento entre 8.000 silos de un total de 200 misiles.

bién para este tipo de productos rige la ley de la obsolescencia. Hay que renovar periódicamente el material. Es preciso sustituir unos modelos por otros nuevos. Para lo cual, cualquier pretexto será bueno. Y cuanto más cínico, mejor. Por ejemplo, el de que así se garantizan unos puestos de trabajo y se lucha eficaz contra el paro.

Consecuentemente con esta filosofía del mercado, el interés de los estrategas parece dirigirse ahora hacia la llamada "zona gris": o sea, las armas —bombarderos y misiles— de alcance medio instaladas en Europa. Ahora que el SALT II está a punto de convertirse en realidad, los "halcones" vuelven a servir de los medios de comunicación para iniciar una nueva campaña de intoxicación de la opinión pública. Según ellos, Europa Occidental está directamente amenazada por un nuevo tipo de armas soviéticas: los SS-20 y los bombarderos "Backfire". La prensa señala sus terribles características: los primeros, los misiles SS-20, tienen un alcance de 4.600 kilómetros, son portadores de tres cabezas de 300 kilotonnes cada una y se disparan desde rampas móviles, lo que los convierte en blancos difíciles para los cohetes norteamericanos, mientras que los bombarderos supersónicos "Backfire" alcanzan 3.000 kilómetros de distancia.

Al mismo tiempo, se barajan cifras disparatadas respecto del total de este tipo de armas en poder de los soviéticos. El secretario general de la OTAN, Joseph Luns, hombre a quien se le descubrió hace poco un pasado nazi, afirma, por ejemplo, que la URSS dispone actualmente de 600 misiles SS-20. Otras fuentes, esta vez norteamericanas, hablan, por el contrario, de 130, y aun de 100, de los que sólo alrededor de cuarenta parecen estar instalados en la parte occidental de la URSS y apuntando, por consiguiente, a blancos europeos. Hay quien cree saber que el actual ritmo de producción de las rampas de lanzamiento de este tipo de misiles es de 30 a 36 al año. (Hay tres o cuatro SS-20 por rampa.) Otros expertos occidentales aseguran que la capacidad de producción soviética es mucho mayor y que aumentará en los próximos años. Continuando esta escalada alarmista, la prensa informa últimamente de la instalación en la RDA de un nuevo tipo de misiles atómicos soviéticos: los SS-21. Sin embargo, resulta que hacía tiempo que se conocía su existencia.

La URSS protestará de que se trata, en todos los casos, de armas destinadas a sustituir a la primera generación de misiles balísticos, y que la seguridad de la Europa Occidental está más que ga-

rantizada por el enorme potencial disuasorio de las armas estratégicas en poder de los Estados Unidos. Solución por la que optó Washington en su momento al retirar, al comienzo de los años 60, los cohetes Thor, los Júpiter y los B-47, que tenía distribuidos por Europa y Oriente Medio. En círculos cada vez más amplios de la Alianza se insistirá en que ese paraguas protector no es suficiente ni fiable, y que para poder negociar en el futuro con los soviéticos en pie de igualdad, Europa tiene que contar, en su propio territorio, con una fuerza nuclear equiparable a la soviética. Y esa fuerza, dirán, sólo pueden proporcionarla los "cruise missiles" (misiles crucero), que tendrán un alcance de 2.000 a 2.500 kilómetros y se dispararán lo mismo desde tierra que desde el mar; los "Pershing 2" (alcance entre 1.500 y 1.800 kilómetros) (1), y, eventualmente, también la bomba de neutrones.

La Casa Blanca trata de convencer a sus aliados europeos, sobre todo a la RFA, para que carguen con parte de los costos de fabricación y acepten la instalación en su territorio de esos nuevos tipos de armas. El ala izquierda de los socialdemócratas ale-

(1) Los "cruise missiles" podrán ser instalados en sus rampas en 1982; los "Pershing" estarán a punto un año más tarde.

manes, encabezada por el jefe del grupo parlamentario, Herbert Wehner, teme que de esa forma pueda verse comprometida la difícil "ostpolitik" de Bonn. Otros políticos del Partido Liberal y del propio SPD, con el canciller Schmidt al frente, parecen dispuestos a aceptar la oferta norteamericana, siempre y cuando lo hagan también otros países europeos. Los cristanodemócratas, por su parte, están totalmente a favor de la misma.

Las interminables conversaciones de Viena

Los países del Pacto de Varsovia ven en este inminente rearme nuclear europeo una nueva provocación, que puede poner seriamente en peligro esas otras conversaciones, que, mucho más calladamente que las SALT, se celebran en la capital austriaca desde hace ya casi seis años. Se trata de las llamadas MBFR —Mutual Balanced Forces Reduction: Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas—, en las que participan trece países de la OTAN y seis del Pacto de Varsovia, y que afectan a las fuerzas convencionales de ambos bloques en Centroeuropa: Polonia, Checoslovaquia y RDA, por un lado; RFA y países del Benelux, por otro.

Esas conversaciones tropiezan desde hace tiempo con ciertos obstáculos, como puede ser la dispar valoración que cada una de las partes realiza respecto de las fuerzas del adversario. Así, según ciertas fuentes occidentales, en el sector centroeuropeo hay estacionados 943.000 hombres del Pacto de Varsovia, frente a sólo 626.000 de la OTAN. Otras fuentes también occidentales hablan de 925.000 y 777.000, respectivamente. La diferencia, en cuanto al número de soldados de la Alianza Atlántica, puede radicar en parte en la inclusión o no de las unidades francesas, pues, como se sabe, Francia ocupa un status especial, tras su retirada, en 1966, del sis-

LOS 'HALCONES' NO CEJAN

tema integrado de la OTAN. A su vez, el Pacto de Varsovia declara contar en la zona solamente con 805.000 y no con los 943.000 que se le atribuyen. Conviene tener en cuenta que, en todos los casos, se trata de soldados del Ejército de Tierra. Y es precisamente en este punto donde radica una de las mayores dificultades a la hora de hacer los cálculos. Pues puede ocurrir, por ejemplo, que el personal de la OTAN encargado de los misiles "Pershing I" aparezca encuadrado en el Ejército del Aire, mientras que sus homólogos del Pacto de Varsovia forman parte del de Tierra. O —aunque esto resulte un tanto anecdótico— que el personal que atiende ciertos servicios (limpieza, cocina, etcétera) tenga carácter civil en la Alianza Atlántica, mientras que allí se trata exclusivamente de personal uniformado.

Pese a todo, y tras interminables discusiones en torno a si las reducciones debían ser simétricas —tesis soviética— o asimétricas, en vista de las actuales desigualdades —tesis norteamer-

cana—, ambas partes parecen haberse puesto por fin de acuerdo en fijar un techo de 700.000 hombres. Ahora el problema estriba en cómo llevar a cabo los necesarios recortes. Porque una cosa es, por ejemplo, retirar globalmente a los soldados junto con sus armas, y otra muy distinta, proceder a una eliminación selectiva, de modo que ningún sistema quede desmantelado.

Occidente ha propuesto una retirada en dos fases. La primera afectaría solamente a las tropas norteamericanas

y soviéticas, y la segunda, a las de los miembros europeos de ambos pactos militares. Moscú insiste, sin embargo, en que, antes de empezar, debe fijarse una fecha para el inicio de la segunda fase, pues teme que no se pase de la primera. Al mismo tiempo, algunos países del Pacto de Varsovia, como la propia Polonia, desean ver incluidos en los acuerdos ciertos "techos nacionales", pues temen que, de no ser así, algún ejército, como el germano-occidental, acabase sustituyendo a las tropas

norteamericanas, posibilidad que parece alarmarlos especialmente (2).

Todos estos puntos, como se ve, fundamentales, son, sin embargo, groseramente ignorados por cierta prensa, que se dedica a presentar demagógicamente el problema en términos cuantitativos, contraponiendo las cifras globales de hombres y armamentos: 943.000 soldados de la OTAN frente a 626.000 del Pacto de Varsovia; 21.000 carros frente a sólo 7.000, y 4.055 aviones frente a 2.350. Con semejantes efectivos, las fuerzas del Pacto de Varsovia podrían alcanzar el Rin en cuarenta y ocho horas, según la tesis alarmista, y ampliamente difundida, del general belga Robert Close.

Lo que, por el contrario, apenas se menciona es que en Europa Occidental hay almacenadas en este momento unas 10.000 cabezas atómicas, de las que 7.000 son norteamericanas y el resto, francesas o británicas, frente a sólo 3.500 en la Europa del Este. Todo esto no debe de parecerles suficiente como elemento disuasor a esos heraldos de la guerra fría crónica. Y es que, además de un excelente negocio para los grandes consorcios fabricantes de armas, en cuyos consejos de administración abundan, por cierto, los militares retirados, aquélla es un utilísimo pretexto con que distraer la atención de los grandes problemas a los que se enfrenta Occidente: problemas como la inflación y el paro, que no dejan de crecer y pueden alcanzar, dentro de poco, niveles alarmantes. ■ J. R.



Tropas norteamericanas llegan a la RFA para unas maniobras de la OTAN.

 ZONA GRIS 		
Sistemas de armamento atómico estacionados en Europa y no incluidos en el acuerdo SALT II		
Situación actual	Sistemas de armamento	Situación actual
Pershing II 0 (una cabeza atómica; en fase de prueba) 	Misiles de medio alcance: hasta 4.000 kilómetros.	SS-4 (una cabeza atómica) 500 SS-5 (una cabeza atómica) 100 SS-20 (tres cabezas atómicas) 130 
78 Lance 72 Pershing I (una cabeza atómica) 	Misiles de corto alcance: hasta 1.000 kilómetros.	Scud A } 132 Scud B } Scaleboard ? (una cabeza atómica cada uno) 
158 F-111 	Bombardeiros: hasta 9.000 kilómetros de alcance.	Backfire 125 
En fase de prueba 0 	"Cruise missiles". Alcance limitado hasta 1981 por el protocolo adicional del SALT II	0

Fuente: "Der Spiegel".

(2) El último ofrecimiento occidental, que recoge otro de 1975, consiste en la retirada de 29.000 soldados norteamericanos, más 1.000 cabezas atómicas, 54 cazabombarderos "Phantom" y 36 rampas de lanzamiento para cohetes "Pershing I", a cambio de que los soviéticos hagan lo mismo con 88.000 soldados y 1.700 tanques actualmente estacionados en la RDA, Polonia y Checoslovaquia. Este puede ser un principio de acuerdo.